

Página 40: "Apareció Bochica y las desinundo y en castigo puso a Chibchacun a cargar el mundo en sus hombros o sea, cuando Chibchacun se puso a cargar el mundo en sus hombros, ya sabían que este era redondo, mientras que los españoles no".

Página 42: "Se tenía la creencia (entre los indios) de que el diablo se aparecía en forma de zorro, o sea que el diablo también existía para ellos".

Página 43: "Los indios se fueron como desordenando, olvidando e incumpliendo los mandamientos de Bochica y eso le dio cierta furia o rabia a Chibchacun y fue cuando les mandó el diluvio y los inundó. Entonces los indios por allá trepados en las montañas, en los árboles lloraban y se lamentaban; suplicaban a Bochica que regresara, y es cuando aparece Bochica montando en Cuchavira o Cochavida que era el arco iris. Somete a los indios al arrepentimiento, estos se arrodillan y se arrepienten, entonces Bochica mira al cielo, implora una oración y como los indios estaban arrepentidos, con su báculo, o bastón o guayacán de oro, tocó el cerro, se abrió la montaña y salieron las aguas formando el salto del Tequendama".

Página 40: "...además los Muiscas usaban una camiseta que llamaban *lachines* y una manta llamada *chinguamaná* con un hueco al centro, que es lo que hoy llamamos ruana, eso era de algodón, se ponían una gorra y andaban descalzos".

Página 41: "...la (laguna) de Fuquene era la del dios diablo, la del dios zorro o ibuayoque ya que el zorro marca con su orina el territorio que le pertenece al igual que el perro. El principal territorio de los Chibchas fue el altiplano de Cundinamarca y Boyacá, los Chibchas lo marcaron por todas partes con jeroglíficos, o sea que hicieron lo mismo que el zorro".

Página 45: "También en la historia de los Chibchas se conoce a Chiguaiqueza (nuestra montaña puerta del sol) donde los indios tenían un poste en sentido vertical y sabían la hora este poste era el Chiguaiqueza que quedaba en el cerro sagrado del Guai-ca ubicado en límites con Tabio".

Página 52: "Al llegar los Españoles, el cacique de Chía y sus guerreros escondieron sus tesoros de Chía, diosa de la luna, como también sus reliquias en el cerro Junia (después Tablazo), ya que ese cerro para ellos era encantado, embrujado, que ahí había un chamán o jeque cuidando el tesoro y que cada vez que un avión se aproxima, llega este señor y lo atrae y lo estrella contra el cerro". (Sigue la lista de todos los aviones que allí se han estrellado).

La reseña lamenta tener que terminar, porque hay de todo, "y todo comprobado", como dice el libro. Va la ñapa: "Por esa fecha es cuando llega aquí don Francisco Dionisio Comberts a causa de que los revoltosos de la revolución francesa, se tomaron la Bastilla y pasaron a Luis XVI y a María Antonieta a la guillotina y los decapitaron, o sea les quitaron la cabeza".

JAIME
JARAMILLO ESCOBAR

Libros póstumos

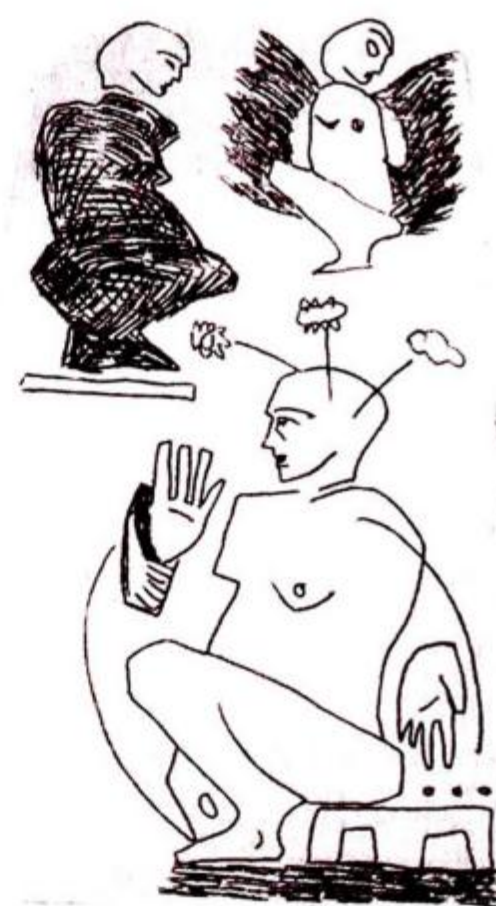
Estatuas y monumentos de Bogotá

Alfredo D. Bateman Quijano
Sociedad Colombiana de Ingenieros,
Bogotá, 2002, 56 págs., il.

Los libros póstumos, si no desaparecen con la basura de la casa, pocas veces tienen buena suerte. Empezando porque tales libros pueden quedar inconclusos. Algo que la muerte impidió concretar. Las opciones son: someter el original a revisión de un experto, o declarar la intención. Si esto no se hace, en el supuesto de que no beneficia al libro, entonces el perjuicio es para el nombre del autor, y el descrédito para el editor. No suelen ser afortunados editores las entidades gubernamentales, gremiales, institucionales, y los autores o herederos. Sólo aquellas obras con propósito comercial atienden las exigencias del

mercado. Se exceptúan los arquitectos, por su sentido de las proporciones, aun en la desmesura.

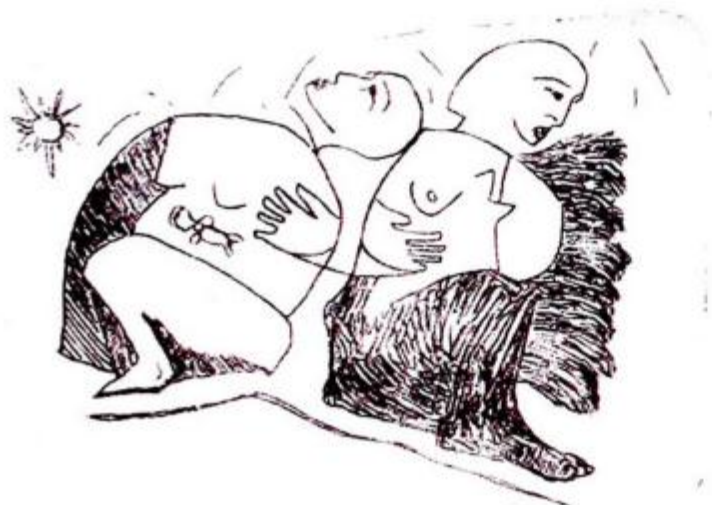
Desde el punto de vista editorial, la publicación referida no se considera libro. Sólo cuenta con cincuenta y seis (56) páginas, incluyendo doce (12) en blanco. Quedan cuarenta y cuatro (44) páginas, de las cuales diez (10) se destinan a fotografías. Treinta y cuatro (34) páginas de texto, que equivalen a una conferencia. En efecto, empieza diciendo: "Quiero hablar sobre las estatuas y monumentos de Bogotá, mezclando recuerdos y cosas leídas". Las fotografías no son buenas, pero por fortuna están mal impresas en papel poroso, en vez de esmaltado, lo que sirve de excusa al fotógrafo. Un corrector, un índice de ilustraciones, un índice onomástico y otros recursos editoriales, hubieran resaltado la importancia de la obra, que la tiene, pese a las salvedades. Aunque el prólogo cuenta que el texto fue dactilografiado por su autor, aparecen errores que no le son imputables. El buen corrector hubiera agregado subtítulos necesarios para claridad y ordenamiento de los temas, y enmendado descuidos del transcriptor final. En cuanto a la diagramación, diagramación no hay. Es una galerada continua, lo que se dice un *ladrillo*.



El índice general está incompleto, porque se limita a lo principal. Son treinta y siete (37) las estatuas y bustos reseñados, aparte de los lla-

mados monumentos, que pueden ser edificios, plazas y otras construcciones. La ausencia de Rafael Uribe Uribe resulta notoria. El libro es anecdótico, y hubiera podido recordar aquellas frías mañanas bogotanas, en que el bronce amanecía con calzoncillos y el mármol con sostén. Curiosamente, los nombres de los héroes y personajes se dan sólo por el apelativo, ya que el tono es coloquial y parece dirigirse a conocedores, así el prólogo diga que también servirá a las nuevas generaciones. (Cosa que se puede poner en duda. ¿Quién fue Rendón? ¿Cuál Rendón?).

El libro hablado aprovecha esa ventaja, pero también asume los defectos propios del método: datos imprecisos, tono pedestre en discordia con el asunto, superficialidad que es ligereza. Tres ejemplos:



Página 9. Con referencia a la estatua de Nariño: "La que hay en dicha ciudad (Pasto) es copia de la de Bogotá o viceversa".

Página 1: "...cuando el decreto de manos muertas de Mosquera, o mejor dicho de Núñez".

Página 7: "...con excepción de un libro que sobre el particular publicó hace ya varios años no recuerdo qué autor, y que tengo en mi biblioteca..." Es lícito preguntarse por qué, en beneficio del lector, no se molestó en buscar ese libro. O si prefería no mencionarlo: *De cuyo nombre no quiero acordarme*. ¿Y qué quiere decir la expresión "hace ya varios años", si no hay una fecha de referencia?

De ese modo, lo que pudo haber sido histórico se va disminuyendo en manos del propio autor, tal vez por la sospecha de que la importancia de su tema se reduce de día en día. Tanto es así, que existe en el

Campín un depósito de estatuas viejas, abandonadas allí porque la ciudad se desinteresa de su pasado, sus acontecimientos que fueron trascendentales para el país. Se vive en la contracultura.

Existen disposiciones legales de ornamentación urbana con esculturas, pero como no se pueden establecer oficialmente cánones estéticos, predominan los adefesios que ofenden las ciudades por cuenta de leyes rústicas.

De las estatuas y bustos conmemorativos, que por mar vinieron, que desapercibidos pasan, nadie se acuerda sino para desaparecerlos. Aquí todo se desaparece. Hay un poema de Rodrigo Londoño Bravo sobre eso:

DERECHOS HUMANOS

Cuando era niño creía

[vagamente

en los aparecidos

y no tenía una patria clara, ni

[partido

político, ni trabajo,

ni clase social.

Hoy que tengo todo eso,

creo nítidamente

pero

en los desaparecidos.

Uno de mis primeros recuerdos —asombroso entonces— fue la destrucción del busto de Juan de Dios Uribe, en el prado del Liceo de bachillerato en Andes, realizada durante la noche en imperdonable agresión contra ese colegio. Ocurrió en 1948. Quienes lo hicieron, no lograron con eso borrar la memoria del indio Uribe, pero inauguraban la época de barbarie que Colombia vive desde entonces. Las estatuas son símbolos. Así se tratara de oscuros e insignificantes bandidos, amparados por la impunidad, sabían que destruir los símbolos es destruir la patria, porque la patria es un ideal.

La destrucción de imágenes puede ser pasatiempo vandálico, pero cuando usted ve sus dioses mutilados, sabe instintivamente que su cabeza también corre peligro. Para un europeo sus monumentos históricos son parte del alma de la nación. Sa-

grados. Intocables. No tenemos la cultura del respeto. Esto dice en página 28: "Es una lástima que el Parque de Santander, que para los colombianos debe ser un lugar sagrado, ya que allí perecieron fusilados muchos próceres de la patria, se hubiera convertido, especialmente gracias a la última remodelación, en lugar de reunión de hampones y de vagabundos". Y en página 9: "Mala costumbre la de Bogotá, de cambiar las estatuas y en cada cambio alterar los pedestales, perdiendo así la unidad, ya que generalmente el pedestal original fue diseñado por el propio escultor".

Muy sucinta, con risueñas malicias, la crónica del desalojo, depósito y trasteo de estatuas en Bogotá, de lo que no se salva ni el general Bolívar, es un recuento de divertidos y lamentables episodios, en que pasados algunos años, ni siquiera se sabe a quién representa la estatua. Entonces se reinaugura como *el héroe desconocido*, con el mismo discurso de otro orador.

Episodios que incluyen el bronce pintado, costumbre recurrente. En página 13 se cuenta: "Por allá en el año de 1930, o antes, un director de edificios nacionales resolvió darles vida a las estatuas, y al efecto ordenó que se pintaran en sus colores naturales. El pantalón de la estatua del General Mosquera se volvió blanco, y la casaca verde".

La ejecución de la estatua fue un programa de partido al comienzo de la llamada *primera violencia*. Estatuas decapitadas, mutiladas, bustos rotos, el ultraje a los símbolos de un pensamiento que aún a comienzos del siglo XXI no se tolera ni por los que se definen como libres y tolerantes.

Caso raro, los bustos del general Rojas Pinilla que se conservan en diferentes regiones del país, cuidados y defendidos por los vecinos, que todavía les reservan un lugar limpio y los pintan y adornan a su mejor entendimiento.

En los últimos años las ciudades se llenan de estatuas vivas, que se ven necesitadas de bajar de su precario pedestal (un tarro invertido), a pedir su limosna mientras cambia

el semáforo. Y es ahí adonde por fin hemos llegado, a la más pura perfección, el vistoso monumento al hambre, que no soñaron los libertadores. Famélicas estatuas, que a veces se desmayan bajo el ardiente sol. Y que por su calidad de estatuas tampoco nos conmueven.



Para terminar, evitando que la reseña se convierta en novela, una observación válida para éste y otros libros: El texto informativo de las solapas (*orelhas*, en portugués) debiera duplicarse en el cuerpo del libro, porque si los libros se empaстан pierden las orejas.

JAIME
JARAMILLO ESCOBAR

Lo que produce la academia

La ciudad del río Honda

Ángela Inés Guzmán

Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 2002, 191 págs., il., mapas

Empecemos por la portada, que es la entrada al libro. El título no es claro, ni gramatical ni gráficamente. Además, se mimetiza en la fotografía empleada, de modo que no se aprecia a la distancia requerida. Los títulos de los libros y nombres de los autores se deben distinguir claramente en las vitrinas y exhibidores. Esa información preliminar se sacrifica para preservar la integridad de un grabado, lo cual se constituye en error, aun si se tratara de una buena gráfica. Se escogió una foto-

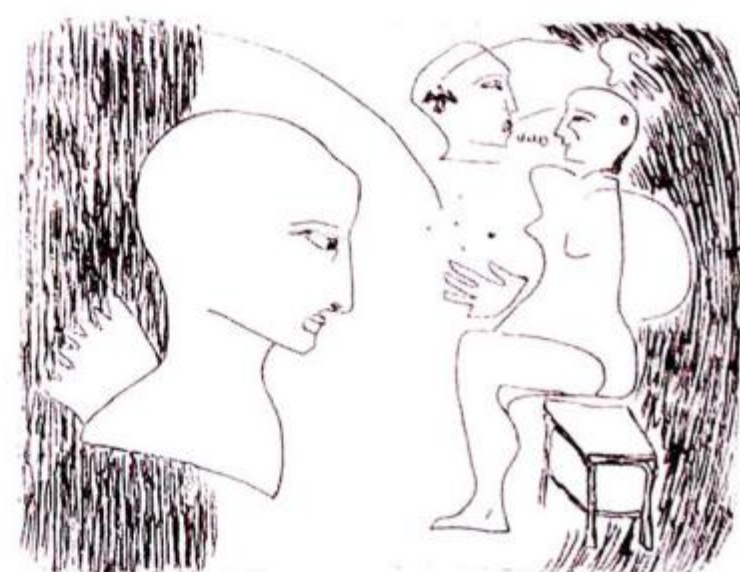
grafía deslavada de aficionado (a pesar de ser actual), con todos los defectos previsibles: muestra unas escaleras llenas de basura, que no fueron capaces de barrer. Aparte de eso, el fotógrafo no tuvo la paciencia de esperar un día y una hora en que la luz se mostrara propicia. Y si es una fotografía de archivo, mala elección. Por último, la impresión es deficiente, en un sepia rebajado que debió haber sido un duotono para resaltar los escasos detalles. En síntesis, el diseño ignora todas las condiciones que debe tener la cubierta de un libro. Los fabricantes de discos y materiales sonoros entienden más de portadas que los editores de libros. Porque ellos saben la importancia de las carátulas en relación con las ventas. Todo libro es comercial, pues el obsequio y el canje venden imagen. La carátula es muy importante. Por eso se llama carátula.

Pasando al interior, las fotografías e ilustraciones quedan convertidas casi todas en viñetas de 5,5 x 7,5 cm. En páginas 59 y 81, por ejemplo, se encuentran mapas y planos que reducidos a ese tamaño resultan ilegibles, a no ser que se disponga de un buen sistema de ampliación. Los tipos de letra utilizados resultan muy pequeños, tanto para el texto como para las notas, en relación con el tamaño del volumen (16,5 x 24 cm) y el número de páginas.

En cuanto al contenido, se trata de un estudio parcial, realizado con toda la seriedad académica más acartonada posible. Como se explica en página 22, "Infortunadamente no se pudo consultar el archivo histórico de Honda pues, en el momento de realizar la investigación, no estaba a disposición de los investigadores por carecer de índices y de un local apropiado para la consulta; igualmente los documentos existentes en el archivo general de la nación estaban en proceso de revisión por parte del personal especializado". Además, en la misma página se dice: "Este trabajo es apenas un acercamiento a la historia urbana de Honda. Para una cabal comprensión de sus diferentes momentos sería necesario emprender una investiga-

ción detallada [...] Por otra parte el estudio debería complementarse con el funcionamiento de la vida urbana en los diferentes momentos de la historia de la ciudad".

Es, como se deduce, un libro de consulta más que de lectura, compuesto de estadísticas sobre comercio, datos de población, informes sobre legislación y regulaciones locales, relación de notables en la perspectiva de sus negocios y actividad social, termómetro de los altibajos ocasionados por causas naturales o administrativas, y los esfuerzos de la ciudad para superar adversidades que varias veces la tuvieron al borde del colapso.



El lenguaje especializado de los nuevos historiadores, sujeto a normas demasiado rígidas, consiste en una redacción sin estilo, deliberadamente plana y sosa, que con el argumento de objetividad produce textos didácticos anquilosados y tediosos, de una sequedad a toda prueba. Los mismos clisés y muletillas que huelen a notaría, archivo parroquial y documentos oficiales abandonados, en un lenguaje que no se atreve a salir del aula: *espacio urbano, núcleo social, el tejido urbano, la dinámica urbana, el casco urbano, la malla urbana, el centro nodal*, y así hasta la fatiga. Esa aridez se debe a que no son escritores, sino investigadores sujetos a rutinas de clasificación, análisis dirigido y pautas aprendidas que no se atreven a superar. Jamás llegarán a ser escritores porque no conciben nociones de libertad. Mutilados por la academia, repetirán siempre el mismo esquema y se harán enterrar en un ataúd cuadrado con el escudo de su universidad encima. En bronce, bien pesado.